

20 de febrero

Me llamo Miguel, tengo trece años y soy poeta. Bueno..., poeta, poeta, lo que se dice poeta, aún no lo soy. Pero ese es mi sueño. Ese es mi gran sueño.

Don Ignacio, el maestro, dice que puedo ser poeta y mucho más, que talento no me falta, aunque en mi casa no opinan lo mismo. Mi madre habla poco. Yo creo que se calla todo lo que piensa. Por eso, en el fondo, creo que está de mi parte. Ella quiere que sea feliz y que se haga la voluntad de Dios. Eso es lo que dice, que se haga la voluntad de Dios. El problema, como siempre, es mi padre. Para él no hay mejor oficio que el suyo: cabrero. No se cansa de repetir «de padres cabreros, hijos cabreros». Y de ahí no hay quien lo saque.

Vivimos en una calle larga y en una casa grande y soleada, al pie de un monte. No somos pobres. A la escuela voy siempre limpio y bien peinado. Tenemos un ganado con más de cien cabras y casi cincuenta ovejas. Vendemos leche y lana. Yo ayudo en lo que puedo. Con mi hermano Vicente reparto la leche que se ordeña cada día. También hago de pastor cuando lo manda mi padre. Sé guiar el rebaño. Sé silbar para llamar a las cabras distraídas. Las conozco a todas. A muchas les puse yo mismo el nombre: Estrella, Birlocha, Canela, Dulcina, Blanca, Retama... Mi favorita es Lucera, que me sigue a donde voy como un perrillo faldero.

Mi padre sabe que no le hago ascos a nada y que obedezco sin protestar cuando me dice que ayude en las labores del campo, pero si tengo que escoger, elijo la escuela. Con don Ignacio aprendo cosas fascinantes. Dice que soy un alumno de mucho provecho. Eso dice. La escuela está a unos metros de mi casa, detrás del colegio Santo Domingo, un edificio tan grande como una catedral al que acuden cientos de niños de familias importantes. Ellos llevan uniforme. Nosotros, los de mi escuela, vamos cada

uno como Dios nos dio a entender, con ropa de calle y sin que nadie nos pase revista de aseo. A Meno, que es uno de mis mejores amigos, le parece que así es mejor y que lo bueno de cada uno va por dentro.

Yo tengo muchos amigos: Meno, Gavira, Rosendo, Panamá... Con ellos juego al fútbol y a las carreras por la calle de Arriba. Nos bañamos juntos en el río y nos reímos casi siempre. También paso algunas tardes con Carlos, el hijo del panadero. Es otro de mis mejores amigos y es poeta. Bueno, poeta, poeta, lo que se dice poeta, aún no lo es. Pero ya escribe versos ingeniosos y divertidos y algún día, como él dice, los publicará en el periódico del pueblo. A mí me gusta estar con Carlos en el horno donde se amasa el pan, se cuece y se dora como si fueran soles de trigo. Nada huele tan bien como su panadería. En ella leemos poemas en voz alta, cantamos y hablamos de nuestras cosas.

Con Ramón también hablo de muchas cosas, aunque con él todo es diferente. Ramón estudia en Santo Domingo y es más serio que Carlos y que los demás. Para ser más pequeño que yo tiene ocurren-

cias que pasan a cualquiera. Parece un mayor con cuerpo de niño. Hace unos días, paseando con él por la calle Mayor, me dijo que los amigos de verdad son para siempre. Creo que lleva razón, aunque como se pasa el día en casa, leyendo libros complicados, no creo que llegue a tener más amigos que yo.

Yo también leo en casa, pero a escondidas de mi padre. Leo por las noches. A mi hermano Vicente no le molesta que tenga la luz encendida durante horas, pero siempre me advierte que si se entera nuestro padre tendremos un disgusto muy gordo. Yo le digo que no solo leo, que también escribo algunos versos que me invento y que quiero ser poeta. Ahora mismo está dormido como una marmota. Se ha pasado el día con el ganado y ha repartido leche hasta muy tarde. Mañana, cuando amanezca, se lo diré: «Tino, he empezado un diario y he escrito cosas de ti». A lo mejor se alegra y no me reprocha tanto eso de que yo estudie y él se tenga que encargar del rebaño. Le digo que no es mi culpa, que yo también ayudo cuando me necesitan, pero él no me responde, solo habla bajito y entre dientes y se marcha.

Ahora voy a cerrar mi diario y a apagar la luz. Hay una enorme luna. Me gusta verla así, iluminando el campo y la montaña como una espía que conoce los secretos del mundo. Ramón dice que es el ojo de Dios, pero yo creo que es más que eso: es la reina de la noche y a mí, más que rezar, me consuela mirarla y hablarle de mis cosas.

Si mi padre no dice lo contrario, mañana iré a la escuela y veré a mis amigos. Tengo mucho que contarles.